

***SIMPLICES HOMINES.***  
**ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA POSICIÓN**  
**SOCIOPOLÍTICA DE POLIBIO**

**F. J. Gómez Espelosín**

Mucho se ha escrito sobre la tendenciosidad y la clara toma de partido que los historiadores antiguos muestran en favor de las clases dirigentes y de los poderes dominantes del momento, concretándolo sobre todo en alguna de sus personalidades más destacadas y sin ninguna clase de reparos. Se ha puesto de manifiesto igualmente la ineludible necesidad que los modernos estudiosos tienen de conseguir mantener una posición distante con respecto a muchos de los juicios y opiniones, e incluso a buena parte de la información, que las fuentes antiguas nos proporcionan, a causa de su evidente parcialidad. No se olvide además que la concepción histórica que de todas ellas se deriva ha sido la que ha continuado vigente hasta hace bien poco, y no van muy atrás los intentos de enfocar el proceso histórico de una forma más globalizada, dando cabida en él a todos sus legítimos componentes y calibrando de manera adecuada su importancia respectiva en el devenir del mismo.

Por ello, quizá no se ha destacado con una similar generosidad de páginas impresas la posición que estos mismos autores han adoptado a consecuencia de lo antedicho frente a ese otro gran componente histórico que, en su forma más despersonalizada y anónima, constituye la multitud de los individuos, que por necesidad ha quedado así tratada en una forma claramente descompensada. Los relatos catalogados de históricos que han llegado hasta nosotros tienen todos un claro enfoque individualista, y ahí están para probarlo las numerosas memorias y biografías de los grandes personajes que han servido —y todavía lo

siguen haciendo— como uno de los pilares indispensables para nuestra documentación. Nadie ha dudado nunca del papel decisivo desempeñado por determinadas cabezas visibles que han catalizado en su persona buena parte de las responsabilidades históricas. Sin embargo, el verdadero marco de fondo sobre el que proyectaron su genio y sus líneas de actuación concreta, y que a la vez les otorgó una validez y un sentido, estuvo y está constituido, a causa de su número y magnitud, por toda una mayoría de individuos que no tuvieron por su personal relevancia un registro aparte en la nómina de celebridades y que, por tanto, no alcanzaron por sus acciones particulares la notoriedad que confieren los grandes desempeños históricos. De esta forma, toda una masa innominada, que ha sido el protagonista esencial en buena medida de todo el acontecer histórico, ha quedado relegada a desempeñar un mero papel de trasfondo oscuro y gris, a través del cual resulta muy difícil obtener una adecuada valoración de su papel concreto y principal en el desarrollo de los acontecimientos.

Toda una historia colectiva y anónima protagonizada por la multitud, que sin embargo viene tomando carta de soberanía de un tiempo a esta parte en otros campos temporales de la investigación histórica, ha quedado, en lo que a la historia de la antigüedad se refiere, relegada a un segundo plano y las más de las veces completamente eliminada del todo. A pesar de los pasos dados en esta dirección y de ciertos intentos muy loables<sup>1</sup>, todavía no se ha constituido un área de estudio de reconocida legitimidad, similar a la ya existente para otras épocas como la Edad Media con los trabajos de Guy Fourquin, Henry Landsberger o Rodney Hilton, o para épocas más recientes mediante estudios como los de Philip Longworth, Georges Rudé o el más conocido Eric Hobsbawm<sup>2</sup>. Somos conscientes de las dificultades con que debe-

<sup>1</sup> En este sentido habría que destacar los trabajos de los profesores hebreos A. FUKS sobre las revoluciones helenísticas, especialmente «Social Revolution in Greece in Hellenistic Age», en *Parola del Passato* 3 (1966), pp. 437-448 y «Patterns and Types of Social-Economic Revolution in Greece from the Fourth to the Second Century B.C.», en *Ancient Society*, 5 (1974) pp. 51-81, y D. Mendels sobre Polibio (citados más adelante). También podrían figurar aquí los libros de G. E. M. DE STE. CROIX, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres 1981, y de A. LINTOTT, *Violence, Civil Strife and Revolution in the Classical City*, Londres 1982.

<sup>2</sup> Guy FOURQUIN, *Los levantamientos populares en la Edad Media*, traducción castellana en: Edaf, Madrid 1976; H. LANDSBERGER, «Disturbios campesinos: temas y variaciones» y «La revuelta campesina inglesa de 1381», ambos en *Rebelión campesina y cambio social*, H. A. LANDSBERGER (ed.), traducción castellana Crítica, Barcelona 1978; R. H. HILTON, «Peasant Movements before 1381» en *Economic History Review*, (1949); G. RUDE *La*

mos enfrentarnos cuando de trasladar al mundo antiguo una tal visión de la historia se trata. Lo escaso y fragmentario de la documentación de que disponemos es quizá, para el caso que nos ocupa, una de las más determinantes. Sin embargo, es sobre todo la posición sociopolítica adoptada por nuestros historiadores lo que constituye posiblemente el obstáculo más difícil de salvar en una tentativa semejante. Una visión histórica que no pretendía reflejar otra cosa que no fuese el acontecer de los grandes personajes, pertenecientes en su inmensa mayoría al elenco de la clase dirigente, del que procedían también los autores, no es con mucho la más adecuada para intentar delimitar, con una precisión meridiana y objetiva, el lugar concreto que el componente colectivo ocupó en el discurrir histórico a todo lo largo del mundo antiguo.

No nos queda por ello otro camino que el de tratar de fijar la postura concreta que algunos de estos historiadores mantuvieron frente a la multitud, describir la forma precisa que sus juicios y valoraciones adoptaron al respecto, procurando explicitar al máximo de lo posible el aserto general que los sitúa dentro de toda una tradición que apunta, ya casi desde sus mismos inicios, en toda la literatura antigua. De esta forma, una vez determinadas, con la nitidez con que ello es posible, las limitaciones en este sentido que nuestras fuentes presentan, podremos en el futuro intentar afrontar un estudio más a fondo en la línea antes mencionada. Se trata, en definitiva, de desbrozar primero el terreno para más adelante poder recoger una cosecha más productiva.

El objeto de las páginas que siguen no es otro que el de llevar a cabo el cometido indicado en el caso concreto de Polibio, cuyo testimonio constituye —como de todos es conocido— el eje central de toda nuestra información sobre buena parte del mundo helenístico. La trascendencia de la época, por lo ocurrido en su decurso, se nos presenta como decisiva para los destinos futuros de Grecia y, en buena medida, para todo el Mediterráneo. La descomposición progresiva de las grandes monarquías helenísticas y la incidencia de la intervención romana fueron modelando un panorama de perturbación política y social por todo el mundo griego que ha quedado reflejada —bien que sea de forma insuficiente— en la obra de nuestro historiador. La posi-

---

*multitud en la historia*, traducción castellana Siglo XXI, Madrid 1978; de los numerosos trabajos de HOBBSAWM citaremos especialmente *Bandidos*, traducción castellana, Ariel, 1976 y *Rebeldes primitivos*, traducción castellana en Ariel, Barcelona 1974<sup>2</sup>.

ción privilegiada de las minorías dirigentes, dentro de las que se encuadraba el propio Polibio, se vió así desafiada no sólo desde el interior de sus propios estados por movimientos de agitación social que convulsionaron su misma existencia como tales, sino también desde fuera por la nueva conformación que todo el orbe helénico iba adquiriendo con la definitiva entrada de Roma en su horizonte político. Roma no vino simplemente a consolidar o a reforzar la endeble posición que disfrutaba la clase gobernante. Las cosas fueron bastante más complejas de lo que se ha pretendido, y de hecho hubo muchos de sus elementos que, impulsados quizá por un cierto talante nacionalista y patriótico, lucharon en la medida de sus fuerzas por el mantenimiento de una independencia nacional que les permitiera seguir rigiéndose por sus propios juramentos y leyes, conservando, ante el poder avasallador que irrumpía entonces, una posición digna y respetable. El mismo Polibio, como miembro destacado de la facción que había comandado su propio padre en el seno de la confederación aquea, desempeñó un papel tal<sup>3</sup>.

Sin embargo, el empuje de los oportunistas de turno y la misma dinámica de los hechos hicieron tambalearse a una posición semejante, y acabaron por reducirla a la impotencia. Polibio sufrió en su persona el exilio a Roma como consecuencia de la acción vengativa y represora de sus rivales ahora triunfantes. Este mismo sino y su contacto en la ciudad del Tíber con otros estadistas griegos que habían corrido una suerte similar, con la correspondiente información que le proporcionaron, determinó en buena medida la visión del historiador sobre toda esa época<sup>4</sup>. Era consciente de que el pueblo se había dejado engañar por arribistas sin escrúpulos o se había dejado arrastrar presa de su misma inconsciencia, y por tanto los culpables de tanto desatino aparecían bien dibujados ante sus ojos. Así, de hecho, pretendía presentarlo ante sus lectores —y posiblemente a sus nuevos «protectores»—; pero por debajo de estos intentos exculpatorios, que debían ser en

<sup>3</sup> En general sobre la importancia de los personajes históricos en Polibio, P. FÉDECH, *La méthode historique de Polybe*, París 1964, pp. 204 y ss. Sobre su posición personal, K. W. WELWEI, «Demokratie und Masse bei Polybios», en *Historia* 15 (1966) pp. 282-301; D. MUSTI, «Polibio e la democrazia», en *ASNP*, 36 (1967), pp. 155-207. Más recientemente MUSTI, *Polibio e l'imperialismo romano*, Nápoles 1978. También G. J. G. AALDERS, *Political Thought in Hellenistic Times*, Amsterdam 1975, pp. 105 ss.

<sup>4</sup> Sobre la importancia de sus contactos en Roma, F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, I Oxford, reimpression, 1970, pp. 33-34.

gran parte interesados frente a la posibilidad que existía por entonces —tras el desastre del 146— de retornar al estado de cosas anterior o, al menos, a lo más parecido al mismo aunque fuese esta vez bajo la tutela romana<sup>5</sup>, continuaba latente su fuerte sentimiento aristocrático que destilaba un claro desprecio hacia la mayoría. Este posicionamiento se deja sentir de modo evidente a lo largo de sus comentarios ocasionales e incidentales, hilvanados a lo largo del esquema narrativo principal, la mayor parte de las veces en forma de una digresión moralizante o de un apunte marginal al paso del hecho referido. Pero incluso de esta forma tan poco sistemática queda de manifiesto cuál fue realmente la posición sociopolítica que nuestro historiador adoptó y cuáles, por tanto, fueron sus limitaciones a este mismo respecto.

Si hay una característica que define sobremanera la posición de Polibio respecto a la multitud, ésta es la facilidad con que se la puede manipular. Su simpleza, su falta de juicio, la inconsistencia de sus sentimientos, su carácter primario e irreflexivo, su ansia de novedades la convierten en un terreno abonado para la acción irresponsable de hábiles demagogos dispuestos a sacar el máximo partido de estas características<sup>6</sup>. Pero no se trataba solamente de demagogos populares. Polibio es perfectamente consciente de cómo también algunos miembros de su misma clase, individuos ambiciosos que buscaban de esta forma consolidar una posición en el poder que no podían obtener por medio de los conductos regulares ya establecidos, tenían esta posibilidad a su alcance. En su opinión son precisamente los más ricos quienes se prestan especialmente a esta clase de actuaciones cuando, tras apasionarse por el poder y no poder obtenerlo por sus propios méritos, disipan su patrimonio en el intento de seducir y corromper a la masa, que acaba convirtiéndose de esta forma en un elemento venal y «sediento de regalos». La democracia queda así transformada en un régimen en el que imperan la violencia y la fuerza bruta, y en el que el pueblo, ya habituado a devorar el bien ajeno y a contar con los recursos del vecino para sobrevivir, emprende masacres, proscripciones y redistribuciones de tierras<sup>7</sup>. En medio de este encadenamiento frenético de

<sup>5</sup> De hecho, Polibio desempeñó un papel importante en la reorganización de Acaya tras el desastre del 146, POL. xxxix, 5.

<sup>6</sup> En general sobre la manipulación política, F. J. GÓMEZ ESPELOSIN, «La manipulación de las masas como arma política en el mundo helenístico», *Revista de Estudios Políticos*, 45 (1985), pp. 165-176.

<sup>7</sup> POL. vi, 9, 5 ss.

acciones refleja Polibio su temor, desconfianza y desprecio hacia toda posibilidad de futuro para un gobierno que se instaura sobre tales pilares.

Ejemplos claros de tales procedimientos no faltan en su narración, sobre todo si la completamos con aquellos pasajes de Livio cuya derivación del historiador aqueo parece estar más que admitida, sin que ello suponga que descartemos de plano toda posibilidad de un juicio propio sobre tales acontecimientos en el historiador romano<sup>8</sup>. Quizá uno de los casos más significativos en este sentido sea el que tuvo lugar en Demetriade en el año 192 durante la guerra entre Antíoco III y Roma<sup>9</sup>. El líder local Euriloco, que era partidario de los etolios, había sido condenado al exilio por sus rivales prorromanos, ahora en el poder. Sin embargo, supo conseguir, valiéndose de hábiles artimañas, que se votase su retorno a la patria por la misma multitud que antes había asentido a su condena. A instancias del propio Euriloco desde el exterior, su esposa e hijas se presentaron ante la asamblea de la ciudad, ataviadas de forma lamentable y con los atributos propios de los suplicantes, para rogar a la multitud allí reunida que no consintiera que una persona inocente y que no había sido sometida a juicio alguno, cual era el caso de Euriloco, se viera obligado a pasar el resto de sus días en el exilio. Por lo que parece, la asamblea se dejó persuadir ante la emotividad manifiesta de tales argumentos —muy apropiados para un modo de sentir primario como el que por lo general caracteriza a una masa— y votó su regreso a la ciudad. El comentario indignado de Livio a los hechos es significativo en este sentido, cuando nos refiere quiénes componían de modo fundamental la multitud que se dejó persuadir tan fácilmente por argumentaciones sentimentales del tipo de las manejadas por los familiares de Euriloco. Se trataba sobre todo de *simplices homines* movidos por la misericordia y de *improbi seditiosique* que esperaban con su acción poder tomar parte en el ya iniciado *tumultus Aetolicus*<sup>10</sup>.

Es especialmente esta *simplicitas* de la multitud la que permite su fácil manejo, en los momentos más adecuados, por parte de unos líderes que buscan sobre todo conseguir sus propios fines, logrando inclu-

<sup>8</sup> Sobre la relación de los pasajes livianos relativos al este griego con Polibio, T. J. LUCE, *Livy. The Composition of his History*, Princeton 1977, pp. 139 ss. y pp. 185 ss. También H. TRANKLE, *Livius und Polybios*, Basilea-Stuttgart 1977, especialmente, pp. 27 ss.

<sup>9</sup> Liv. XXXV, 31-32.

<sup>10</sup> Liv. XXXV, 34, 8-9.

so que se llegue a hacer tabla rasa de unas decisiones que se habían adoptado poco antes con igual consenso mayoritario. Así sucedió en Acarnania durante el curso de la segunda guerra macedonia. Dos nobles partidarios de Roma habían sido condenados en asamblea a instancias de sus rivales por haber promovido un decreto ilegal. Sin embargo, desoyendo las opiniones que les aconsejaban buscar refugio en el campamento romano, decidieron jugar la baza de su prestigio, sabedores de la más que probable incidencia que éste tendría en su favor dentro del sentir mayoritario, y se atrevieron a presentarse ante la misma asamblea con la intención de recabar la anulación del castigo que se les había impuesto, consiguiendo —como era de esperar— el objetivo deseado<sup>11</sup>. Todavía más radical y repentino fue el cambio de bando que tuvo lugar en el transcurso de la tercera guerra macedonia en Beocia y en el Épiro. En ambos casos, la intervención decisiva de un líder local favorable a la alianza contraria a la que entonces mantenía el conjunto del estado fue suficiente para poner de su parte a toda la población restante —o al menos a su gran mayoría<sup>12</sup>. Y es que, como el mismo Polibio reconoce, «las masas, si alguien las entiende a su debido tiempo, cambian pronto de parecer y corrigen al punto su error anterior»<sup>13</sup>. Este juicio sirve de colofón general a un símil también muy ilustrativo sobre el proceder de la multitud. En el pugilato, la masa se pone siempre del lado del más débil, y más cuando enfrente tiene un rival ilustre y afamado que todavía no ha sufrido derrota alguna. El caso del célebre púgil Clítomaco, que se vio en la necesidad de apelar al sentido patriótico y nacionalista de la masa de los espectadores para que cambiasen el favor inicial que habían demostrado por su oponente, un púgil egipcio adiestrado por sus reyes, culmina la ejemplar digresión polibiana a tal efecto<sup>14</sup>.

Esta importancia decisiva de algunas intervenciones individuales para conseguir un cambio de actitud y sentimientos en una multitud, le lleva a disculpar en repetidas ocasiones el comportamiento colectivo, y a concentrar la culpa principal de lo sucedido en un grupo reducido o en una sola persona. Esa es su opinión de lo que ocurrió en Etolia durante la guerra de Roma contra Antíoco III, si bien la pone en boca de un embajador ateniense que solicita la clemencia del sena-

<sup>11</sup> Liv. xxxiii, 16-17.

<sup>12</sup> En Beocia Pol. xxvii, 1, 9. Liv. xlii, 44, 4. En Épiro Liv. xlv, 26, 7-8.

<sup>13</sup> Pol. xxvii, 9, 6.

<sup>14</sup> Pol. xxvii, 9.

do para el conjunto del país, a la vez que condena con energía la conducta de sus líderes<sup>15</sup>. Un parecer similar es el que manifiesta Escipión cuando, tras el motín de sus tropas, decide mostrarse indulgente con el total de las mismas y en cambio castigar de forma severa a sus cabecillas<sup>16</sup>. En uno y otro caso, Polibio vuelve a utilizar un símil enormemente ilustrativo de esta forma de concebir las cosas. Compara a la multitud con el mar, un elemento que, si de suyo aparece tranquilo y sosegado a quienes de él se sirven, se transforma sin embargo en algo peligroso e inestable cuando lo agitan vientos huracanados. Se trata —en palabras de Walbank— de «a rethorical gambit of old standing» que aparece documentado por vez primera en Solón y es utilizado también por Herodoto en el discurso de Artabano a Jerjes<sup>17</sup>. Se debió tratar sin duda de un símil corriente, de rancia tradición literaria, que se mostraba especialmente adecuado, por su poder evocador y efectista, para los discursos en los que se trataba de persuadir o de ejemplificar este tipo de comportamiento. De hecho es en tales contextos en los que aparece en Polibio, en los dos pasajes mencionados. Revela de cualquier forma una visión de las cosas muy en consonancia con lo que hasta ahora venimos señalando: la masa es un conjunto amorfo de individuos simples e ignorantes —los *simplices homines* de Livio— que resulta por tanto muy fácil de manejar en cualesquiera de los sentidos que se deseen.

Esta simpleza, sin embargo, la lleva en muchas ocasiones a dejarse arrastrar tras los fáciles señuelos que le esgrimen a menudo demagogos y oportunistas, conduciendo con ello a la ruina a sus respectivos estados. Esto ha sucedido cuando se ha elegido a los peores para el desempeño de los cargos públicos, quienes han promovido, con su actuación en tal sentido, males mucho peores de los que en un principio podían preverse. Buenos ejemplos son el lamentable estado a que llegó Beocia en el último cuarto del siglo III cuando, por obra de sus magistrados, se demoraron toda clase de juicios y se habilitó un fondo público para los menos favorecidos, o el destino sufrido por la ciudad bitinia de Cíos, que fue destruida por Filipo V y esclavizados sus habitantes a finales del mismo siglo. En el primero de los casos, con tales

<sup>15</sup> POL. XXI, 31, 9 ss.

<sup>16</sup> POL. XI, 29, 9 ss. Sobre el episodio, M. MANTEGAZZA, «Linguaggio e ideologia: Alcune considerazioni su individuo e collettività in due episodi polibiani di rivolta», en *Acme*, 30 (1977), pp. 255-260.

<sup>17</sup> WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, II, Oxford reimpression 1982, p. 309.



medidas se había originado un vacío jurídico y un relajamiento en las costumbres que significó un manifiesto deterioro de la disciplina que había caracterizado a la confederación beocia en el pasado<sup>18</sup>. En el segundo fue la mala elección efectuada por los propios ciudadanos en la persona de Molpágoras uno de los determinantes de su ruina definitiva, en unas circunstancias muy poco claras<sup>19</sup>. En este mismo sentido hay que sumar el comportamiento de los líderes de la confederación aquea en los momentos que precedieron a los dramáticos acontecimientos del 146, sobre todo de Critolao, que supo —en opinión de Polibio— envenenar a la masa con sus mentiras, echando mano de bravatas de toda índole. Sus propias palabras al respecto son esclarecedoras: «el pueblo se mostró dispuesto para cualquier cosa que se le propusiera. Sin embargo, era incapaz de prever el porvenir, corrompido como estaba por el halago y la negligencia»<sup>20</sup>. Critolao había impulsado la suspensión temporal de las deudas y de sus consecuencias jurídicas, y tales medidas demagógicas tuvieron los efectos que eran de prever entre la multitud, que se mostró así dispuesta a dejarse arrastrar al desastre postergando a su deseo de novedades y a unas falsas esperanzas de mejora material el recto juicio que la grave situación política de esos momentos demandaba<sup>21</sup>.

Tanta importancia se concedía al efecto malformador de unos líderes sin escrúpulos sobre la masa, que sólo su desaparición física podía hacer que las cosas volvieran de nuevo a su cauce normal. Éste es al menos el juicio de Polibio tras la muerte de varios personajes que se habían aupado al poder en sus respectivos estados en las confusas circunstancias que siguieron a la victoria romana en Pidna en el 168. Grecia quedó purificada de malos espíritus y la tranquilidad volvió a

<sup>18</sup> POL. XX, 6-7. De la no completa objetividad de Polibio sobre los asuntos beocios, D. HENNIG, «Das Bericht des Polybios über Boiotien und die Lage von Orchomenos in der 2. Hälfte des 3. Jahrhunderts v. Chr.», *Chiron* 7 (1977), pp. 119-148.

<sup>19</sup> POL. XV, 21. Sobre los hechos MENDELS, «Polybius, Philip v and the Socio-economic Question in Greece», en *Ancient Society*, 8 (1977), pp. 166-168. También GÓMEZ ESPELOSÍN, *Rebeliones y conflictos internos en las ciudades del mundo helenístico*, Alcalá de Henares-Zaragoza 1985, pp. 37-40; Id., «La política de Filipo v en la Propóntide: el caso de Cíos», *Lucentum* (1987).

<sup>20</sup> POL. XXXVIII, 11, 11. La traducción castellana está tomada de la versión realizada por M. Balasch para Gredos, POLIBIO, *Historias*, Lib. XVI-XXXIX, Madrid 1983.

<sup>21</sup> POL. XXXVIII, 9 y ss. Sobre los hechos en general, A. FUKS, «The Bellum Achaicum and its social aspects», en *JHS*, 90 (1970) pp. 78-89 y E. GRUEN, «The origins of the Achaean war», en *JHS*, 96 (1976) pp. 46-69.

reinar otra vez en sus estados respectivos<sup>22</sup>. La importancia determinante de las acciones de un solo hombre para el destino de una comunidad es un tema que aparece en repetidas ocasiones a lo largo de su historia y que nos indica por tanto la firmeza de esta idea en la mente de nuestro historiador<sup>23</sup>. De ahí una vez más la necesidad de que se elija a los mejores para el desempeño de los cargos públicos y para el ejercicio del poder efectivo en los diferentes estados como la única forma de evitar la ruina y el desastre a que son conducidos de forma inexorable quienes proceden de manera contraria. Sin embargo, en algún caso se consiguió evitar que las cosas fuesen a peor mediante una rectificación oportuna del rumbo ya emprendido de una manera irreflexiva. Algo así debió suceder en Etolia hacia el 205, si tenemos en cuenta que Escopas, uno de los promotores de una nueva legislación sobre las deudas, fracasó en su intento de resultar elegido estratego. La intervención del potentado local Alejandro Isio, que maneja en su discurso argumentos que van en la línea indicada, parece que fue decisiva a la hora de persuadir a la multitud de que pusiera freno a tales tentativas renovadoras<sup>24</sup>.

No resulta fácil, sin embargo, convencer a la multitud de que actúe siempre de la forma conveniente, pues a fin de cuentas forman una parte determinante de su entidad como tal una serie de rasgos negativos que acaban convirtiéndola a menudo en un elemento impulsivo y de difícil control. Muestras evidentes de un tal comportamiento no faltan a lo largo del relato polibiano, y a través de todas ellas queda bien patente la desconfianza y el temor hacia un conjunto de fuerzas descenfrenadas en el que anidan toda clase de pasiones e instintos primarios. Un impulso de esta clase fue precisamente el que en opinión de Polibio precipitó a los beocios a abrazar la causa de Perseo en la tercera guerra macedonia, dejándose llevar de una excitación insensata y pueril<sup>25</sup>. Pero a veces resultan mucho más dramáticas y violentas las constataciones de la insania colectiva, traducidas en execrables actos de brutalidad y violencia como los que tuvieron lugar en Alejandría

<sup>22</sup> POL. XXXII, 5.

<sup>23</sup> POL. XXXII, 4, 2. otros pasajes en VIII, 3, 3; 7, 7; IX, 22, 1; 22, 6.

<sup>24</sup> POL. XIII, 1-1a. Sobre los hechos, D. ASHERI, «Leggi greche sul problema dei debiti», en SCO, 18 (1969) pp. 57-58. Una posible interpretación de lo sucedido, GÓMEZ ESPELOSÍN, «Oportunismo y demagogia: Los ecos de una reforma frustrada en Etolia», a aparecer en *Hispania Antiqua*.

<sup>25</sup> POL. XXVII, 2, 10.

con motivo de la revuelta contra el consejero real Agatocles en los últimos años del siglo III<sup>26</sup>. Una vez conseguido el derrocamiento de su gobierno y proclamado el nuevo rey Tolomeo Epífanes, la enfurecida muchedumbre alejandrina asesinó de forma cruel y despiadada a los familiares y amigos del consejero real, llegando hasta el extremo de mutilar los cuerpos de las víctimas. Se trataba sin duda de una multitud algo especial en la que confluían una gran heterogeneidad de elementos, pero tampoco faltan ejemplos, ya plenamente griegos, de similares demostraciones de violencia, si bien en un tono ciertamente menor. La masacre de exiliados espartanos en el campamento aqueo de Compasio, los ataques contra los dirigentes beocios que habían acudido a Calcis a negociar con los romanos o la lapidación del etolio Toante por sus mismos compatriotas a instancias de su rival Pantaleón, constituyen ciertamente muestras significativas<sup>27</sup>. En no menor medida podría también citarse a este respecto el trato dispensado por la multitud reunida en Corinto a los embajadores romanos que habían acudido a la ciudad con la intención de evitar el desenlace de la guerra en el 146. Se nos dice que fueron arrojados de la misma en medio de burlas y alborotos sin haber sido siquiera escuchadas sus alegaciones<sup>28</sup>.

Pero no sólo estas muestras de una violencia elemental son las que hacen de la masa un conglomerado temible y difícil de gobernar. Se trata además de un elemento presto a la corrupción y al soborno ante la promesa de una sustancial mejora en su estado presente o incluso de cualquier clase de recompensa material que redunde en su inmediato beneficio. Es este ansia de novedades —*multitudo avida nouandi res*, dice Livio<sup>29</sup>— la que la ha llevado a secundar iniciativas de corte revolucionario o a brindar su respaldo a cualquier perspectiva de cambio más difusa y sin todo un «programa de reformas» como el que aparentemente enarbolaban los adalides de la subversión social<sup>30</sup>. Todo in-

<sup>26</sup> POL. xv, 25-33. En general sobre los hechos, A. JAHNE, «Politische Aktivität der Bevölkerung Alexandrias am Ende des 3. Jahrhundert v.u.Z. (nach Polybios)», en *Klio*, 58 (1976), pp. 405-423 y GÓMEZ ESPELOSIN, «Las revueltas de Alejandría: Pautas de comportamiento de una masa urbana en época helenística», en *Estudios Humanísticos*, 8 (1986), 49-75.

<sup>27</sup> LIV. xxxviii, 33 (Compasio), POL. xxvii, 2 (Calcis) y POL. xxviii, 4, 12-13 (Etolia).

<sup>28</sup> POL. xxxviii, 12, 4-5.

<sup>29</sup> LIV. xxxv, 33.

<sup>30</sup> Sobre el «programa» revolucionario, FUKS, «Patterns and Types...» pp. 76-79. Sobre la actitud de Polibio hacia la revolución, MENDELS, «Polybios and the Socio-economic Revolution in Greece 227-146 B.C.», en *L'Antiquité classique*, 51 (1982), pp. 86-110.

tento en este sentido es abiertamente condenado por Polibio; sin embargo, es quizá en Livio donde nos encontramos con dos muy significativos ejemplos del segundo de los casos. La intervención en Grecia de Antíoco III y de sus partidarios en busca de un apoyo mayoritario a su causa estuvo jalonada de esta clase de ofrecimientos vagos, cuya concreción material precisa desconocemos si llegó en algún caso a efectuarse. Sin embargo, los reclamos lanzados tuvieron al parecer una buena acogida en una *venalis multitudo*, como califica Livio a la ateniense cuando en el 192 varios partidarios del monarca sirio intentaban ganársela de su parte *spe largitionum pretio*<sup>31</sup>. Recursos similares debieron ser los empleados por sus partidarios en Acarnania, cuando más adelante los propios interesados reconocerán haber sido *decepti pollicitationibus regis* en su intento de justificación ante Roma<sup>32</sup>.

Polibio, de hecho, le concede un lugar preeminente a la ambición y al deseo incontrolado de riquezas entre las causas determinantes de los disturbios y revoluciones que asolan a los estados. Así parece reflejarlo la severa crítica que le dedica a la constitución cretense, cuyo pueblo aparece precisamente caracterizado por una ambición desmesurada<sup>33</sup>. En abierto contraste con lo que sucede en la isla, recalca Polibio su admiración por la obra legisladora del espartano Licurgo, que ha sabido adoptar en su constitución las medidas apropiadas para poner coto a tales males. Su clara conciencia de que la única salvación para un estado reside en el coraje frente al enemigo exterior y en el mantenimiento de la concordia interna entre los ciudadanos, le ha llevado a eliminar la ambición desmesurada —*πλεονεξία*— suprimiendo con ella a la vez toda posible querella o discordia interna<sup>34</sup>. En esta misma dirección cabe entender el consejo que ofrece nuestro historiador sobre el único remedio eficaz para prever las revoluciones internas: evitar la holganza y ociosidad que se dan de una forma natural cuando las cosas van bien y se nada en la abundancia<sup>35</sup>. Su comparación de los males que sufre el estado con las enfermedades del cuerpo humano es un tópico de amplia raigambre que aparece repetidamente aplicado para ilustrar cualquier clase de perturbación en la multitud

<sup>31</sup> LIV. XXXV, 50.

<sup>32</sup> LIV. XLII, 38,3.

<sup>33</sup> POL. VI, 46.

<sup>34</sup> POL. VI, 46, 6-8.

<sup>35</sup> POL. XI, 25, 5-7.

que puede atentar el orden establecido. El estado de cosas existente en Corinto en los momentos previos a la guerra cleoménica o el que se difundió más ampliamente por toda la confederación aquea durante la guerra acaica, son de hecho calificados de tal modo, y la extensión a otros países de la temida cancelación de deudas se concibe al modo de una epidemia que se ha ido propagando de forma progresiva<sup>36</sup>.

Todo este tipo de consideraciones, tanto las que se expresan de forma directa como las que evidentemente se derivan de los símiles aducidos, pone de manifiesto la desconfianza y desprecio que muestra Polibio —y desde luego la tradición en la que él mismo se incardina— hacia la multitud. Y ello queda más elocuentemente explicitado en su valoración negativa y desdenosa de aquellos regímenes en los que es precisamente la masa la que rige con sus decisiones el desarrollo habitual de la vida política u ocupa al menos en ellos una posición central. Sus juicios sobre las constituciones de Atenas y Tebas son claramente ilustrativos a este respecto. En opinión del historiador, fueron los golpes del azar y unas circunstancias claramente favorables los factores que impulsaron a ambos regímenes a sus cimas de apogeo y esplendor, y sin duda ha sido la acción individual de sus grandes personalidades la que ha sido verdaderamente decisiva en ese camino hacia la gloria<sup>37</sup>. La comparación que hace de Atenas con un navío sin timonel viene una vez más a demostrar esta forma de ver las cosas<sup>38</sup>.

A veces, sin embargo, esta severa opinión sobre la incapacidad natural de la masa para gobernar por sí misma sin la guía de los «mejores», queda algo suavizada cuando parece reconocer la existencia de ciertos atenuantes en esta circunstancia, como pudieran ser algunas interferencias exteriores o la falta de costumbre en el uso de la libertad. Así se desprende del relato de Livio cuando nos refiere las condiciones existentes en Tesalia, donde han llegado al extremo de no poder llevar a efecto con normalidad y en orden ningún consejo, asamblea o elección. Las causas se cifran en el *inquietus ingenius* de este pueblo, lo cual es cierto, pero se añaden de inmediato otras posibilidades que también contribuirían al deterioro de la situación, como los *temporum vitia* y la *licentia regia* de Filipo v en la región<sup>39</sup>. Es, sin embargo, la

<sup>36</sup> Ejemplos en este sentido citados en FUKS, «The Bellum Achaicum...», p. 85 n. 50. También LIV. XLII, 5, 7: *velut tabes...*

<sup>37</sup> POL. VI, 43-44.

<sup>38</sup> POL. VI, 44, 3.

<sup>39</sup> LIV. XXXIV, 51, 4-6.

falta de hábito en el manejo de instituciones democráticas lo que ha causado disturbios en las ciudades de la costa tracia del Mar Egeo, y este mismo motivo explica también la difícil situación por la que atravesaba Macedonia tras la deposición de su monarquía<sup>40</sup>. En este último caso se llega incluso a justificar la división del país en cuatro repúblicas diferentes por el temor de que un demagogo irresponsable «transformase la libertad concedida con un espíritu de sana moderación en una licencia portadora de muerte»<sup>41</sup>.

Se impone, por tanto, como algo ineludible la necesidad de ejercer un control sobre un elemento tan inestable y turbulento por parte de aquellos que a causa de su posición, educación y recursos se sitúan fuera del mismo y constituyen el grupo minoritario dirigente, única garantía del buen funcionamiento del estado, y entre los que figuraba, desde luego, Polibio. Las formas por las que este control puede llevarse a efecto van desde las institucionales y legitimadas, como es la constitución democrática moderada que posibilita la continua elección de los «mejores» para los cargos que dan acceso al poder efectivo, hasta otras de índole psicológica, más sutiles y elaboradas, consistentes en la imposición de toda una ideología religiosa en la que se fomenta un elemento tan decisivo para un comportamiento primario como es el temor a lo desconocido<sup>42</sup>. Para la primera de las formas, quizá utilizaba como referente próximo el sistema imperante en su propio estado, la confederación aquea, cuya democracia moderada ha sido calificada por André Aymard como un organismo de defensa social y de protección contra las amenazas revolucionarias, y en la que al parecer existían restricciones en el acceso al desempeño de las magistraturas<sup>43</sup>. Por lo que se refiere a las segundas, hay que señalar que es precisamente el papel de control sobre la masa el que Polibio asigna a la superstición dentro del engranaje del estado romano. Un procedimiento semejante no tendría sentido en una ciudad compuesta exclusivamente a

<sup>40</sup> LIV. XXXIX, 23, 13 (ciudades de Tracia), LIV. XLV, 18, 6 (Macedonia).

<sup>41</sup> LIV. XLV, 18, 6, 7: *Denique ne, si commune consilium gentis esset, improbus uulgi adsentator aliquando libertatem salubri moderatione datam ad licentiam pestilentem traheret...*

<sup>42</sup> Sobre ello, G. LE BON, *Psicología de las masas*, traducción castellana Morata Madrid 1983, pp. 58 ss. J. BEAUCHARD, *La puissance des foules*, París 1985, pp. 59 ss.

<sup>43</sup> A. AYMARD, *Les premiers rapports de Rome et de la confédération achaienne 198-189 av. J.C.*, Burdeos 1938, p. 30. En general sobre el carácter de la confederación, AYMARD, *Les assemblées de la confédération achaienne. Étude critique d'institutions et d'histoire*, Burdeos-París 1938. También J. A. O. LARSEN, *Greek Federal States, Their Institutions and History*, Oxford 1968, pp. 215 ss., y D. MUSTI, artículo citado, p. 195 ss.

base de hombres sabios —apunta—, pero dado que la masa es inestable, llena de deseos culpables, de impulsos irracionales y de pasiones violentas, el único modo de contenerla reside precisamente en suscitar en ella el miedo al misterio y en esta especie de recurso al drama que lleva aparejado<sup>44</sup>. Una mayor claridad en su visión de las cosas parece innecesaria.

Sin embargo, en algunos casos de fuerza mayor es preciso recurrir a formas más elementales y expeditivas, como es el temor que suscita la amenaza de las armas o la supremacía casi total de un poder superior como el romano. Algunos líderes que no gozaban en sus respectivos estados del respaldo mayoritario tuvieron que echar mano de tales procedimientos para imponerse sobre sus rivales y mantener su posición a salvo de la hostilidad generalizada. Un requerimiento en estos términos es el que le hacen a Flaminio los líderes beocios partidarios de Roma para poder imponerse a sus oponentes promacedonios, entonces con las riendas del poder en sus manos. Se llega incluso a considerar tan decisiva la persona de su líder que no parece existir otra salida que su propia eliminación física, para la que solicitan ayuda del general romano<sup>45</sup>. Un recurso parecido fue el que, al decir de Polibio, le sirvió a Calícrates para hacerse con la supremacía dentro del estado aqueo, desbancando a la facción rival de la que el propio historiador era un miembro destacado. Tras su regreso de Roma, donde se le había enviado como embajador, supo infundir el terror y la confusión entre la multitud alardeando de contar en su apoyo con el poderío romano. La ignorancia de la masa, que desconocía lo que realmente se había dicho en el Senado, fue en este sentido decisiva para otorgar su consentimiento a tan singular personaje<sup>46</sup>.

Esta ignorancia de la masa ciertamente —como reconoce el propio historiador en otro pasaje— la libera en buena parte de su responsabilidad y trasfiere la culpa a los responsables de la misma. Sin embargo, no deja de tener su innegable lastre negativo en ocasiones como cuando la fácil charlatanería «infecta» la mente del pueblo con rumores y calumnias, en un claro detrimento del prestigio del estado<sup>47</sup>. Tales

<sup>44</sup> POL. VI, 56, 6 ss.

<sup>45</sup> POL. XVIII, 43, 5 ss.

<sup>46</sup> POL. XXIV, 8-10. Sobre ello, GRUEN, «Class conflict in the Third Macedonian War», en AJAH, 1 (1976), pp. 32-35. Sobre el discurso de Calícrates, P. S. DEROW, «Polybius and the Embassy of Kallikrates», en *Essays pres. to C. M. Bowra*, Oxford 1970, pp. 12-23.

<sup>47</sup> POL. XXIX, 1 y XXXVIII, 3, 12.

procedimientos sirvieron para aupar en el poder a determinados individuos como Cárope en el Épiro o los magistrados aqueos durante la guerra acaica. Sin embargo, en ambos casos se reconoce también la existencia de una cierta dosis de seducción en sus postulados sobre la masa<sup>48</sup>. Algo similar debió de darse también entre la multitud de Argos cuando la ciudad pasó a manos del tirano revolucionario espartano Nabis, quien, a pesar de la oposición inicial y del temor existentes, supo implantar su dominio basándose, al parecer, en un amplio consenso mayoritario, motivado sin duda por su promesa de reformas sociales<sup>49</sup>.

Toda esta caracterización negativa, que oscila sin embargo entre el más absoluto reproche y ciertos intentos exculpatorios de corte populista, tiene como base el elemento que a la larga aparece como decisivo y definitivo: quiénes componían de forma abrumadora ese conjunto heterogéneo y perturbador; es decir, las clases bajas de la población. La posición distante y de desprecio mostrada hacia ellas por toda una larga tradición aristocrática muy típicamente helénica no podía faltar en Polibio, y en repetidas ocasiones la encontramos reflejada en actitudes que se concretan en imágenes o palabras. Un claro ejemplo de ello lo proporciona el comentario desdeñoso que le merecen determinados personajes por lo que se refiere a su origen, que vendría así a confirmar las malas expectativas presentes. Es el caso del tarentino Heraclides, consejero personal de Filipo V, procedente de una familia de artesanos, o del espartano Querón, impulsor de un intento de golpe de estado, de manifiesto origen plebeyo<sup>50</sup>. A veces se trata de observaciones más generales, pero igualmente significativas en el sentido a que nos estamos refiriendo, como su oportuna especificación sobre quiénes componían la asamblea de Corinto en la sesión que provocó la guerra acaica: se había concentrado en la ciudad una abundancia sin par de artesanos y obreros manuales<sup>51</sup>. Su descripción de los partidarios del ya mencionado Cárope como «los peores y los más plebeyos» apunta igualmente en la misma dirección<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> POL. XXXII, 6, 2 (τά μὲν διὰ τὸν φόβον, τὰ δὲ καὶ δελεαζόμενοι διὰ τῶν περὶ τῶν χάροπα...) POL. XXXVIII, 11, 11. (τῆ δὲ παρ' αὐτὰ χάριτι καὶ ῥαστώνη δελεαζόμενον).

<sup>49</sup> LIV. XXXII, 38, 9: *Contione inde aduocata rogationes promulgauit, unam de tabulis nouis, alteram de agro uiritim diuidendo, duas faces nouantibus res ad plebem in optimates accendendam.*

<sup>50</sup> POL. XIII, 4, 4 (Heraclides) y XXIV, 7, 2 (Querón).

<sup>51</sup> POL. XXXVIII, 12, 5.

<sup>52</sup> POL. XXXII, 5, 8.



Polibio se siente miembro de una clase a la que por naturaleza, méritos y tradición le está reservado el desempeño del poder, y proclama, no sin cierto orgullo, cómo ha recaído sobre sus espaldas la honrosa tarea de guiar los destinos del estado. Ello provoca un sentimiento de clara supremacía espiritual que se manifiesta en ocasiones, como cuando alude a la vaciedad del vulgo o a la facilidad con que se deja impresionar por razonamientos absurdos<sup>53</sup>. Este distanciamiento encumbrado de la minoría provoca también, a veces, la envidia de la multitud, que no intenta además imitar sus características esenciales y sí en cambio las cosas secundarias<sup>54</sup>. De hecho, señala entre los méritos de su héroe predilecto, el aqueo Filopemén, el que supo evitar en todo momento la envidia de la masa<sup>55</sup>. A la vez, su conciencia de la misión capital que les ha sido encomendada le lleva a suponer que han sido objeto de una indigna traición por parte de la mayoría cuando ésta no ha secundado sus propuestas, y ha optado por un camino bien diferente. Que la multitud es ingrata en numerosas ocasiones parece un postulado fácilmente aceptable por Polibio, aunque su concreta expresión sea puesta en boca de otro<sup>56</sup>.

Una misma posición se detecta en el terreno de la terminología empleada para referirse a la masa, si bien somos conscientes de la conveniencia de ser extremadamente cautos en este campo, debido a la fragmentariedad que presenta la obra de nuestro historiador. No podemos asegurar, en efecto, que un término concreto que no aparece nunca empleado con el sentido que le atribuimos corrientemente en los pasajes que conservamos, no haya sido de hecho utilizado con ese mismo sentido en alguna de las partes perdidas. Por otro lado no parece existir una coherencia absoluta en el empleo de ciertos términos y se constata más bien una cierta intercambiabilidad completamente aleatoria en el uso de los mismos<sup>57</sup>. En este caso, además, no nos sirve de mucho la hipotética reconstrucción del fragmento polibiano a través del texto latino de Livio, dada la aparente disparidad que presentan ambas cuando se da el caso afortunado de que podemos cotejarlas<sup>58</sup>.

<sup>53</sup> POL. XII, 25 i 9 y XII, 26 d.

<sup>54</sup> POL. XI, 8, 7.

<sup>55</sup> POL. XXIII, 12, 8.

<sup>56</sup> POL. XVIII, 43, 6.

<sup>57</sup> Sobre la problemática de los términos en Polibio, Derow, en su *Review* del libro de J. DEININGER, *Politische Widerstand gegen Rom in Griechenland*, en *Phoenix*, 26 (1972), p. 305; WALBANK, *Comm.* II, 490 n. 4 y Jähne, artículo citado, p. 419.

<sup>58</sup> Así en LIV. XLII, 44, 3 se habla de *turba Coronaeorum Haliartorumque*; en el corres-

No obstante, y aun contando con esta clase de limitaciones, por lo que a las formas de denominación de la multitud respecta, podemos constatar que existe una mayoría abrumadora de casos en los que nuestro autor emplea, bien términos claramente despectivos, como ὄχλος, o burdamente generalizadores y amorfos, como πλῆθος y πολλοί, en aquellos pasajes en los que censura o describe con tonos negativos su comportamiento<sup>59</sup>. Por el contrario, un término como δῆμος, que aparece convenientemente legitimado por el uso y la tradición política, es empleado de forma mayoritaria para hacer referencia a contextos institucionales como el pueblo ateniense, romano o rodio, o con un carácter positivo y de respeto hacia una entidad abstracta, compuesta de ciudadanos, que no se identifica necesariamente siempre en la mente del historiador —y posiblemente de sus lectores— con la muchedumbre genérica<sup>60</sup>.

Las conclusiones, por tanto, parecen evidentes a la vista de lo hasta aquí expuesto. Como decíamos al comienzo de estas páginas, su finalidad no era otra que la de poner de relieve cuál fue la posición concreta de Polibio frente a la masa, explicitarla en sus términos concretos para, de esta forma, poder delimitar con mayor claridad los prejuicios del historiador al respecto, y a la vez, por tanto, definir las prevenciones necesarias que deberemos tomar en cuenta cuando tratemos de situar en su lugar adecuado el papel histórico que la masa desempeñó en época tan crucial como la que es objeto de su relato.

---

pondiente pasaje de POL. xxvii, 1, 8 se dice solamente οἱ δὲ κορώνεις καὶ Ἀλιάρτιοι...  
WALBANK, *Comm.*, III, 291

<sup>59</sup> Sobre estos términos P. BRIANT, *Antigone le Borgne*, Paris 1973, pp. 305-307 y pp. 316-319, referidos al pueblo.

<sup>60</sup> No he conseguido hallar ningún ejemplo en el que aparezca δῆμος empleado con un sentido claramente peyorativo o no se pueda explicar de forma cómoda con referencia a los contextos arriba indicados. De cualquier forma *vid.* A. MAUERSBERGER, *Polybios Lexicon*, Berlín 1956-1975, pp. 454-455.